

nado por Sciascia. Majorana es un famoso físico nuclear, siciliano de nacimiento y discípulo de Enrico Fermi, que desapareció sin dejar rastro en plena Italia fascista tras enviar una carta de despedida, anulada luego por él mismo, al director del centro de física donde enseñaba, y otra a su madre.

Basándose en testimonios de quienes le conocieron, así como en cartas, recortes de periódicos y documentos, Sciascia tratará de recomponer la compleja personalidad de aquel joven científico y buscará los móviles que pudieron haberle llevado al suicidio, real o fingido. ¿Por qué aquel prometedor físico nuclear (capaz de tratar de tú a tú al propio Heisenberg, a uno de cuyos descubrimientos incluso se adelantó, aunque significativamente optara por silenciar su hallazgo), por qué Majorana decidiría desaparecer un día de 1938, cuando sólo contaba treinta y dos años y tenía toda una carrera científica por delante?

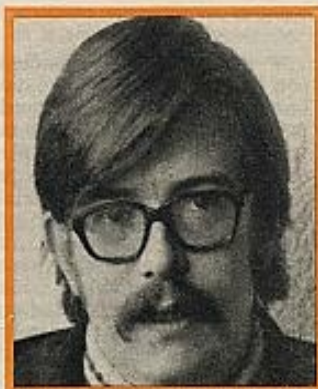
Acaso ese misterio que nadie ha logrado aclarar hasta la fecha fuera en el fondo algo tan sencillo como el hecho de que el joven físico hubiese visto de pronto "el miedo en un puñado de átomos". Que hubiera retrocedido horrorizado ante las posibilidades de destrucción que abría la fisión nuclear, vislumbrada por él antes que nadie, y se hubiese quitado de en medio a tiempo en beneficio de la supervivencia de la especie.

Que lo hiciera arrojándose a las aguas del golfo de Nápoles o retirándose a un convento para no salir nunca más, como han venido sospechando algunos, es algo que en el fondo no tiene demasiada importancia. Lo que cuenta realmente es el valor paradigmático de su decisión. En unos momentos en que otros científicos, en condiciones objetivas de libertad, se preparaban para construir el arma mortífera y ofrecérsela a un político lleno de sentido común y de ideales democráticos como Truman, quien no dudaría en emplearla sobre blancos fríos y científicamente elegidos. Tal vez Majorana no quiso tener que arrepentirse después, cuando ya era demasiado tarde, como sabemos que le ocurrió a Oppenheimer. ■ JOAQUIN RABAGO.

(1) Colección: Galería Literaria Contemporánea. Traducción: Javier Villalba. Editorial Noguer. Madrid, 1978.

Del desamor

Una de las más graves carencias de nuestra actual novelística



José María Guelbenzu.

ca es la de obras que planteen la problemática de relaciones personales de una generación tan decisiva como la que ronda la veintena en el año de gracia de 1968. Muchos somos los que de siempre hemos sospechado que la culpa no la tenían los novelistas, pues de cuando en cuando se oía de algún amigo o conocido que andaba en el empeño de escribir sobre el asunto; en cambio, teníamos y seguimos teniendo razonables dudas de que hayan sido los editores más rimbombantes quienes se han hecho los suecos.

De tarde en tarde, no obstante, surge alguna novela que persiga profundizar por esa senda. He aquí, por ejemplo, la última de José María Guelbenzu, "La noche en casa" (1). Bien es cierto que Guelbenzu, nacido en el 44, empezó ya con la temática en "El mercurio", publicada en el 68, y continuó con "Antifaz", dos años después. "El pasajero de Ultramar" (1976) preludiva ya otros usos y enfoques, y con "La noche en casa" quizá se cierra el ciclo de aquel estudiantado, entre otros motivos porque aquellas gentes no son ya estudiantes y van teniendo en la vida problemas de parejas rotas, de hijos de insospechable futuro, de encuentros y desencuentros con personas que mamaron hace ya mucho lo mismo que ellos.

"La noche en casa" narra el fugaz e intenso compartir una noche de dos ex universitarios, Chéspir y Paula; metido él en berenjenales políticos muy a contrapelo, en busca de su propia identidad y de horizontes lejanos ella. Encuentro en ciudad ajena, San Sebastián, memorias comunes, poso de cosas nunca dichas, necesidad de buscarse mutuamente. Y la implacable vivencia de esa generación: nunca se les enseñó a querer; desear les estaba prohibido,

(1) "La noche en casa", Alianza Tres, Madrid.

a no ser que fuese desear ideales y abstracciones; ellos preservaron e inventaron a trancas y barrancas toda una teoría del desear y del encuentro, pero en la práctica el castillo de naipes se caía, y se sigue cayendo. La moda de estas gentes es posar en plan de escépticos, dados los tiempos que corren; pero entre ellos hay aún algunos que no aceptan que el escepticismo sea el destino que les estaba reservado, y tantean y rebuscan y se equivocan, pero ahí están. "... a él no le enseñaron a querer y ahora qué hace, cuando las ganas siguen estando más allá de la lógica y de la vida, y la lógica y la vida son el sitio donde vives, lo tomas o lo dejas, te quedas o te marchas. ¿Quién diablos inventaría las ganas sino nosotros mismos, tan enamorados!"

Como no podía por menos de ocurrir, tratando de los abismos cotidianos que trata, "La noche en casa" no es una novela perfecta. Se parece a otras, quizá no españolas, por la simple razón de que a tantas españolas no se las ha dejado ser. Hay acaso un exceso de recovecos lingüísticos a veces un poquito redichos o forzados, pero todo queda compensado y barrido por el interés y la pasión de los fervores que narra. El acierto de Guelbenzu ha sido saber concentrar la acción en unas pocas horas, en las cuales va fluyendo a borbotones el pasado de los protagonistas. Guelbenzu escribe con puntilliosidad, mirando bien al trasluz las palabras antes de utilizarlas, con la desconfianza propia de alguien que, por edad y vocación, no se fía de la propia capacidad comunicativa del lenguaje y, sin embargo, se inclina fascinado ante su férula. Otro buen logro del autor estriba en cómo calza y contrapuntea los sentimientos de sus personajes con retazos de canciones y de poemas: la cosa la comparte Guelbenzu con no pocos congéneres, pero en esta novela todas las citas son no sólo coherentes, sino que pa-

recen fluir de la propia narración.

"La noche en casa" apasiona porque, por una vez, los personajes no son arquetipos, sino que hablan de lo suyo. Usan, claro, una jerga más fácilmente comprensible para el estrato universitario del 68, pero ello ha de ser así. Y, aunque evidentemente todo gira más intencionalmente en torno al protagonista masculino, Chéspir, las voces de mujeres son de las más sugerentes de nuestra novelística: se nota que hablan ellas, que son ellas, no la idea que los hombres de esa generación se hacen de ellas.

Uno, después de haber cerrado "La noche en casa", sabe que volverá a abrirla. Y sabe también que Guelbenzu es ya una presencia en nuestra novelística, alguien que conoce cómo contar y cómo indagar en los comportamientos. Uno entre los posibles a los que, tarde o temprano, los responsables van a tener que publicar. ■ MIGUEL BAYON.

El mundo en gestación de Gabriel Bermúdez

La ciencia-ficción española es pobre; parece haber un desinterés generalizado en las colecciones y editoriales que se ocupan de este género por publicar autores de nuestro país. Parece que en esto sufrimos también los efectos de la ambivalente colonización anglosajona. Cierta es que cuando algún autor español aparece, suele ser mediocre; o, por decirlo de otro modo, a la vez más amable y más cierto, no ajustarse del todo a los modos y usos a los que nos tiene acostumbrados la S-F anglosajona.

Gabriel Bermúdez es un autor aragonés que descuella entre la escasa producción de este género en nuestro país. Tiene ya publicados tres libros: "El mundo Hokun" (1), "Viaje a un planeta Wu-wei" (2) y, ahora, "La piel del infinito" (3). Su primer libro recoge cuatro relatos -"El mundo Hokun", "El pulpo", "El profesor y los sapos", "1944" y "Amor en una isla verde", a mi entender el mejor de ellos-, y que acusan muchas y muy marcadas influencias de los autores más clásicos de la S-F tradicional. Su lectura no resultó renovadora, pero sí hacía apuntar ya un talento brillante y una posibilidad esperanzadora de escritura

